Filosofía, Arte y Letras

Andrés Segovia, el más grande concertista de guitarra de todos los tiempos, que acaba de cumplir 84 años.

ANDRES SEGOVIA:

La Vida de un Maestro de la Guitarra

Por Ramón Torres

Andrés Segovia ha cumplido ochenta y cuatro años. El más famoso concertista de guitarra de todos los tiempos —hubo quien dijo con fortuna que él no era un guitarrista sino la guitarra— sigue trabajando con firmeza, sin desfallecimientos con la misma ilusión de sus tiempos juveniles. Y buena prueba de que Andrés Segovia sigue activo es esa película de hora y media que filmó recientemente la BBC inglesa sobre su vida. Andrés Segovia, maestro de maestros, sigue, afortunadamente, al pie del cañon.

SEMBLANZA BREVE DE UN GRAN HOMBRE

Andrés Segovia nació en la minera Linares (Jaen) el 21 de febrero del año 1893. Su padre era abogado y deseaba fervientemente que su hijo siguiese sus pasos. Pero un suceso trascendental iba a inculcar en el niño una inmensa pasión por la música: en una ocasión, cuando contaba cinco años de edad, Andrés Segovia se hallaba con unos familiares en la población jiennense de Villa-Carrillo cuando, en el transcurso de una fiesta, escuchó a una banda de música:

"Sentí un golpetazo emocionado en el corazón —recordaría años más tarde el insigne maestro— y me di cuenta de que ya no podría ser otra cosa en la vida que músico".

Su primer profesor de música fue un violinista aficionado, el cual le enseñó los primeros balbuceos musicales. Tiempo después, ya en Granada, Andrés Segovia ingresaría en una academia particular en la que aprendería un poco de piano y guitarra, inclinándose más por este instrumento musical. Andrés Segovia comenzó por tocar temas populares, predominante del flamenco, pero ambicionando saltar siempre al plano clásico. Muchacho trabajador y sacrificado se pasaba las horas muertas sacando notas de las cuerdas de su guitarra, interpretando una y otra vez la misma melodía con objeto de eliminar todos los posibles fallos que pudiesen surgir en un momento determinado. Afirmaría ya famoso: "A la guitarra hay que conocerla más que a la mujer. Y la mejor forma de conocerla a fondo es disfrutar con ella, vivir con ella, compartir las preocupaciones con ella..."

En el año 1909 tendría Andrés Segovia su primer oportunidad seria dentro de la música: un concierto en Granada. Semanas después tendría otro en Sevilla. Y seguidamente cerca de una treintena de recitales más en diversos lugares. Sin embargo su primer gran triunfo importante sería en Madrid en el año 1912. Este concierto en la capital de España le abriría de par en par las puertas de la fama. Doce años más tarde alcanzaría la consagración internacional en París en un concierto que la crítica calificaría de GRANDIOSO. Desde aquellas fechas hasta ahora toda su vida sería un aplauso continuo, viajando por todo el mundo con su guitarra a cuestas, dando recitales que dejaron mudos de asombro a unos públicos enardecidos y emocionados que, siempre, le han aplaudido de la forma más entusiástica.

Para Andrés Segovia compusieron los más grandes maestros de la música española de este siglo como Manuel de Falla, Turina, Torroba y Rodrigo. Entre los extranjeros Cyril Scott, Albert Haclyco, F. Tedesco, Casellan, Albert, Rossell y los mexicanos Chaves y Ponce, entre otros.

TRES MATRIMONIOS

Andrés Segovia se casó tres veces. De su primer unión —celebrada el 22 de diciembre del año 1920— tuvo dos hijos, el mayor de los cuales moriría, siendo el sobreviviente un destacado pintor. De su segunda unión matrimonial —celebrada el 16 de mayo del año 1935— tuvo una hija, que fallecería a la edad de veintiocho años en Guatemala. Y de su tercera unión, con una gran dama llamada Emilia Corral, la mujer que se desvive en todo momento por cuidarle y atenderle, tuvo en el mes de mayo del año 1970 un hijo, Carlos Andrés, que es hoy la gran esperanza, y cariño del viejo Maestro, que siempre, hablando de su hijo, le denomina "mi HIJO-NIETO".

UNAS MEMORIAS QUE SERAN SONADAS, Y UN FILM MARAVILLOSO

El maestro está escribiendo en estos momentos sus MEMORIAS, de las cuales ya ha salido un primer volumen (de los 4 de que constará) en inglés, en New York. No hay duda de que serán unas "Memorias" tremendamente sugestivas por la gran personalidad del autor y por esa larga y juvenil longevidad. Referente a la película diremos que en su mayor parte fue rodada en la Alhambra granadina y en la finca del maestro, "Los Olivos", y en ella se evocan a numerosos artistas famosos, hoy desaparecidos, como Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez... etc., y composiciones de Falla, Granados, Turina, Torroba..., etc. Andrés Segovia podrá deleitar una vez más a todos sus incondicionales —¡que son millones!— en este film en el que también hablará de su gran lucha y su gran triunfo en conseguir un repertorio musical ESENCIALMENTE PARA GUITARRA.

Con numerosos DISCOS DE ORO, siendo Miembro de Honor de la Academia Sueca de Estocolmo; Doctor "Honoris Causa" de la Universidad de Santiago de Compostela; "Dr. Honoris Causa" de la Universidad de Oxford; "Doctor Honoris Causa" de la Universidad de Tokio... Miembro de Honor de la Academia de Santa Cecilia de Roma; Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo; Gran Cruz de Isabel la Católica; Medalla de Oro de las Provincias de Granada y Jaen... etc., etc..., Andrés Segovia es un trabajador y un viajero infatigable que no cesa de presentarnos nuevas creaciones con esa guitarra maravillosa de la que conoce sus más íntimos secretos y emociones.

Desde España

Nuevo Domicilio para los Museos Ramonianos

Por Juan Antonio Cabezas

En Madrid, Ramón Gómez de la Serna está siempre de actualidad. En estos días recibo una carta del promotor del ramonismo, don Rafael Florez, escrita en una hoja de papel decorada con un plano del Madrid viejo y unas cuantas caricaturas. Me dice que los Ramonianos se han autoconvocado para la II Cena Sabatina, evocadora de las rituales que Ramón celebraba con sus amigos en la sagrada cripta de Pombo.

Esta vez se reunieron en un restaurante de la calle Sacramento que lleva el muy goyesco nombre de La Quinta del Sordo. (Tanto Pombo como la quinta en que a orillas del Manzanares pintó Goya sus famosas pinturas Negras, han desaparecido, de un Madrid que por histórico debiera ser intocable).

Casi el mismo tiempo recibe este cronista la noticia de que para el próximo San Isidro quedará instalado y abierto al público el Museo Municipal, tras una restauración que duró veinte años, en el antiguo Hospicio de San Fernando (calle de Fuencarral), que tiene como portada la mejor y más barroca obra de Pedro Ribera.

Y como complemento de este Museo se reinstalarán en cada uno de los dos amplios torreones paralelos que rematan el edificio, los museos personales de los dos grandes Ramones madrileños: Ramón de Mesonero Romanos y Ramón Gómez de la Serna. El de este último traído de Buenos Aires después de su muerte.

A Ramón siempre le atrajeron los torreones. Allá por los años veinte tenía su pintoresco estudio en el llamado Torreón de Velásquez, también derribado por la "piqueta de oro" de las inmobiliarias. (La llamo "piqueta de oro" porque cuando derriba una vieja edificación, convierte los escombros en oro para el propietario del solar, por los millones que le pagan los especuladores).

Ya había dicho el catedrático don Enrique de Lafuente Ferrari, que Ramón era el Picasso de la literatura española contemporánea. Y es que así como el que no quiere la cosa, en este Madrid con exceso de tráfico y con negra boina de contaminación, tan pronto como deja de soplar el Guadarrama, ponemos en órbita, no del espacio sino de la historia, no un satélite electrónico de esos que reciben y transmiten palabras e imágenes televisivas, sino un madrileño universal: un Lope, un Cervantes, un Quevedo, un Ortega, un Goya, un Ramón. Uno de esos monstruos de la naturaleza. Y en este caso la palabra "monstruo" quiere decir prodigio.

Hace poco se cumplió el 14 aniversario de la muerte de Ramón, hasta ahora el último madrileño verdaderamente universal, después de Ortega y Gasset. Había llegado muerto desde Buenos Aires, donde pasó su correspondiente exilio, a "su" Madrid, que ya era muy distinto, dados los cambios de ambiente y de mentalidad en los cuarenta años de franquismo. Fue una tarde de enero de 1963, cuando despedimos (todo el Madrid intelectual, compuesto en su mayoría por los "exiliados" interiores), su cadáver en la Cuesta de la Vega, frente a la Cripta de la interminada catedral de la Almudena. Allí el alcalde, Arias Navarro, impuso a su féretro la Medalla de Oro de Madrid (máximo galardón municipal) que otros con menos méritos habían obtenido en vida.

Después se lo llevaron hacia la otra orilla del Manzanares y del tiempo. Hacia ese "huerto de cruces", y cipreses, que es la Sacramental de San Isidro, en cuyos soleados patios muchos madrileños ilustres (Ortega y Gasset, Marañón, Larra, Mesonero) esperan como los Austrias en El Escorial, la resurrección, si les llega.

Ahora, como otra clase de aniversario a base de velada necrológica sería lo más antirramoniano, el grupo de escritores y artistas que no se denominan "Amigos de Ramón" sino "Ramonianos",, (es decir identificados no con el hombre, sino con la obra que es lo perdurable) celebraron una simple y cordial cena, evocadora de las que animaba en tiempos anteriores a la guerra civil el humorista y humano autor de las infinitas greguerías y de su genial "Automoribundia".

Y para que todo fuese metáfora, ilusión, gregería ramoniana, allí se reunieron algunos supervivientes de Pombo, el café desaparecido, cuya historia está en un gordo volumen traducido a varios idiomas. También había jóvenes de la última hornada y escritores de la promoción intermedia, que viven de su herencia sin saberlo, porque han recibido en su prosa y en su sangre la directa influencia del lirismo y raro ingenio de Ramón. Que vivió su juventud madrileña en el torreón de Velásquez (su torre de marfil) junto a una muñeca de cera que vestía a la moda y un pequeño Rastro de cosas inservibles y entrañables. Capaz de pronunciar en París una conferencia sobre el circo, a lomos de un circense elefante.

Tras Esta Puerta Sola...

Por Rolando Elías

Tras esta puerta sola y silenciosa
abro de par en par mis dos oídos.
Así escucho este soplo sin sonidos
de la brisa que pasa o que reposa.

Discreción del silencio, nueva rosa
cuyo aroma no apagan los mil ruidos
del día y de la noche confundidos.
¿Es esto magia o arte milagrosa?

Yo me callo la boca cuando aprendo
—sabia lección de una sencilla ciencia—
a saber más oyendo que diciendo.

Y así me quedo, luz de la paciencia,
maravillado de lo que voy viendo
cada vez más adentro, en la Conciencia.